

GUINGAMP



Guingamp se encuentra a unos 30 kilómetros al este de Saint-Brieuc. Tiene unos 7.000 habitantes. Con un rico pasado histórico, ofrece a sus visitantes un gran patrimonio arquitectónico e histórico. Su nombre proviene del bretón y significa ‘campo sagrado’. Se desarrolló históricamente alrededor de un castillo que dominaba el valle del río Trieux.

El centro de la ciudad es el resumen de cinco siglos de arquitectura. De su pasado de plaza fuerte medieval la ciudad conserva una parte de su castillo.

En el centro encontramos la Basílica Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que tiene una arquitectura compleja, ya que combina el gótico con algunas arcadas románicas y una parte renacentista, debido a algunas reconstrucciones, sobre todo la de 1935. Es el santuario de la virgen negra cuya fiesta se celebra el primer sábado del mes de julio con una procesión nocturna con antorchas.



La Plaza del centro es el corazón popular de Guingamp, ciudad muy bretona. En la plaza se encuentra la fuente llamada Plomée. Es un monumento histórico emblemático del siglo XV. Destaca por sus tres cuencas de granito y plomo, coronadas por una estatua que representa a la diosa celta Danna.

Guingamp tiene muchos rincones bonitos, expresiones de distintas épocas y de su rica historia y una muy buena gastronomía.



HISTORIA Y TEOLOGÍA MENESIANAS

Temas: Entrega de la vida – lucha por la educación - alternativa

Guingamp nos habla de varios temas dispares, pero fundamentales para Juan María: La entrega de la vida y la lucha por la educación cristiana. Y ya veremos por qué.

1.- Lucha por la educación cristiana - alternativa

Cuando surgió el auge de la escuela lancasteriana¹ en Francia y los pueblos y ciudades comenzaron a llenarse de ellas, Juan María decidió que debía dar batalla. No eran las escuelas que quería para su Bretaña y tampoco eran las que convenían a los niños y jóvenes sin educación y dejados a su suerte. Lo que correspondía era darles la posibilidad de educarse en buenos centros educativos, donde la instrucción estuviera acompañada por la educación en valores y la evangelización.

Guingamp fue una de las primeras escuelas que fundó Juan María y en ella veremos reflejada la lucha desencadenada en torno a la educación y la decisión y el coraje de un hombre para presentar una **alternativa** válida.

Desde 1516 funcionaba en Guingamp un colegio eclesiástico, que durante la revolución se vino abajo. Juan María, cuando fue nombrado vicario de la diócesis, comprometió a las autoridades de Guingamp a sustituirlo por un establecimiento *“para la instrucción de los niños pobres”*, que él contaba con confiarle a los Hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle).

Mientras tanto las autoridades de la educación nacional estaban ocupadas en instalar en todo el territorio nacional escuelas lancasterianas que le salían baratas, porque un solo maestro por pueblo podía educar a todos los niños.

Juan María escribió al Superior General de los lasallanos, H. Gerbaud, para que le enviase maestros. Pero el superior no podía prometer nada de inmediato. Entre tanto una escuela mutua se abrió en Guingamp, el 12 de mayo de 1819. Muy pronto también empezó a funcionar la escuela mutua para niñas. La respuesta de Juan María a esta última fue inmediata y las primeras religiosas hicieron sus votos el 15 de agosto de ese año.

Ante el inminente peligro de la Enseñanza Mutua su reacción fue sensibilizar al clero sobre el peligro que se avecinaba. Por eso subía al púlpito y hablaba a los sacerdotes, reunidos para hacer retiros. También organizó misiones para hacer ver la importancia de la educación y suscitar la colaboración de los padres.

El 20 de septiembre de 1819 editó un libro contra la Enseñanza Mutua. Sacó además un librito con directrices sobre educación para padres y profesores, y en él vemos cómo llama la atención



¹ Escuela lancasteriana o mutua se le llamó a una metodología traída de Inglaterra, que consistía en preparar a niños un poco más adelantados y ponerlos al frente de grupos de alumnos. El maestro era un simple supervisor, que dirigía todo el sistema. Tenía disciplina militar, se prestaba a abusos, la enseñanza era mecánica y memorística, no atendía la singularidad de cada chico y era muy básica por la poca preparación de los monitores.

sobre la responsabilidad y el cuidado que se debe tener al elegir y conocer bien el colegio al que se confía los hijos:

*“Infórmense ahora, padres y madres, que ponen en primer lugar entre sus deberes el de procurar la dicha y la salvación de sus hijos por una educación cristiana. Vean la importancia de no confiarlos nunca en manos de aquellos de los que no podrían fiarse. Asegúrense frecuentemente de que la justa solicitud de ustedes no sea engañada.”*²

Escuela menesiana de varones de Guingamp

Juan María decidió crear una escuela de varones en Guingamp y, para facilitar la acogida de los Hermanos en el pueblo, mientras preparaba su llegada, dio una importante misión, que comenzó el 25 de agosto con gran afluencia de público.

La gran afluencia de gente lo obligó a improvisar un estrado en la plaza y desde allí durante varios días Juan María conmovió, con sus palabras encendidas, a la multitud que acudía a escucharlo.



Después que Juan María realizó la misión, el párroco lanzó una suscripción y consiguió unos 5.000 francos para instalar una escuela confesional.

El 1º de octubre de 1820, dos hermanos de Saint-Brieuc, Alain Coursin e Ivo Le Fichant, se instalaron en la ciudad.

La escuela mutua de varones había comenzado con gran asistencia de alumnos y en 1820 contaba ya con 125 alumnos. Pero ni bien se abrió la de los hermanos se quedó con sólo 50 alumnos.

Furiosos, los liberales, fomentaron una pequeña guerra escolar. El secretario de la Comisión de la escuela mutua se quejó al gobernador:

“El padre de la Mennais ha conseguido instalar en nuestra ciudad dos de los casi-hermanos de su creación, por medio de una suscripción y de un

*comité cantonal... Nuestra escuela desaparecerá, y desapareciendo desacreditará el nuevo método”.*³

El vicegobernador, hizo responsable a los liberales de la situación de la escuela lancasteriana, por su poco celo por la educación:

“Muchas personas no quieren enviar a sus hijos allí porque saben que los liberales son miembros de las comisiones... La escuela de los hermanos es muy numerosa y con olor a santidad”.

Todo fue sobre ruedas hasta que en 1830 la guerra contra la escuela cristiana recrudeció. El Consejo General del departamento declaró que la escuela laica debía ser privilegiada:

“La poderosa intervención del clero la haría caer y dejaría triunfar la enseñanza de los Hermanos, si la provincia no la presta su apoyo”.

En esta guerra declarada por los liberales contra las escuelas congregacionistas, hay que distinguir dos etapas:

- De 1830 a 1833 los municipios de las ciudades buscaron echar a los Hermanos, privilegiando a los profesores de las escuelas mutuas. Es el caso de Ploërmel, Vitré, Dinan,

³ La enseñanza religiosa, 1833 p.16

Lamballe, Guingamp, Lannion, Fougères, Combourg. Por el contrario, los Hermanos no fueron molestados en los pueblos más pequeños.

- A partir de 1833 y hasta 1848, la guerra fue perdiendo violencia, pero no su eficacia; solamente cambiaron los métodos y la oposición vino directamente de la Universidad, que era la encargada de controlar toda la educación pública. Los liberales de los Comités, intentaron expulsar o paralizar a los Hermanos, por la aplicación puntillosa de los reglamentos universitarios. Cualquier cosa se transformaba en materia de discusión: la elección de los maestros, el control de su capacidad y de su moralidad, el valor de los diferentes diplomas, el proceso de los nombramientos y de los cambios, etc.

Guingamp es un ejemplo de lo que pasó en muchos otros pueblos y ciudades donde se querían instalar escuelas cristianas. Las trabas fueron muchas, pero no pudieron detener la oleada que desató Juan María en Bretaña.

El cuadro siguiente es un claro testimonio de ello:

Año	Fundaciones	Año	Fundaciones	Año	Fundaciones
1817	Thénezay	1823	Retiers	1826	Paimpol
	Baud		Saint-Méloir		Bazouge-du-Désert
1818	Pordic		Saint-Servan		Maure
	Limerzel		Plénée-Jugon		Saint-Méen
	Malestroit		Saint-Quay		Saint-Malo
	Ploërmel		Saint-Donat	1827	Saint-solan
1819	Dinán		Moncontour		Plougonver
	Montauban	1824	Fougères		Ploubalay
	Pliméliau		Gennes		Plélo
1820	Guingamp		Blaguer		Hénabihen
	Trans		Combourg		Créhen
	Corps-Nuds		Lannion		Plélan-le-Grand
	Tinténac		Bédée		Plerguer
	Lamballe		Gaël		Sens-de-Bretagne
	Plérin		Saint-Briauc		Pontivy
	Saint-Brieuc	1825	Ploubazlanec		Bignan
	Plourguenevel		Matignon		Ste-Anne d'Auray
1821	Pluvigner		Gausson	1828	Ancenis
	Plouha		Bréhat		St-Jouan-de-l'isle
1822	Pleudihen		Paramé		Goudelin
	Broons		Mélesse		Corseul
	Quintin		Bazouge		Groix
	Tréguier		Pérouse		Betton
			Saint-Georges		la Boussac
					Pontchâteau ...

Impresiona el empuje y decisión de Juan María para crear escuelas cristianas.

Este ritmo aminoró entre los años 1830 y 1832, pero en el 1833 se retomó y no paró hasta la muerte de Juan María.

No pensemos en escuelas como las nuestras. La mayoría eran de un solo salón y un solo maestro.

Juan María es un testimonio luminoso de perseverancia y visión educativa en medio de la adversidad. En un contexto marcado por tensiones políticas y religiosas, tras la Revolución Francesa, fundar escuelas cristianas no era simplemente abrir aulas, era reconstruir el tejido moral, cultural y espiritual de una sociedad herida.

Bretaña, región profundamente creyente, pero también empobrecida y rural, necesitaba educación accesible. Juan María comprendió que la formación de los niños y jóvenes no era un lujo, sino una urgencia. Su empeño por establecer escuelas -aun frente a obstáculos administrativos, sospechas ideológicas y limitaciones económicas- revela una convicción profunda: cuando el bien de la infancia está en juego, no hay lugar para la indiferencia ni para la comodidad.

Lo más significativo no fue solo la cantidad de escuelas fundadas, sino la actitud interior que sostuvo esa obra. Creía que educar era sembrar futuro, y que cada niño instruido era una esperanza

para la Iglesia y para la sociedad. Su confianza no se apoyaba sólo en sus fuerzas, sino en la certeza de que estaba realizando una misión encomendada por Dios.

Su ejemplo nos invita a reflexionar sobre el valor de la constancia frente a la dificultad. Las trabas -legales, sociales o culturales- no lograron apagar su impulso, porque su motivación no era el reconocimiento ni el éxito inmediato, sino el bien integral de los jóvenes. En tiempos donde los proyectos se abandonan ante el primer obstáculo, su ejemplo cuestiona nuestra perseverancia y nos recuerda que las grandes transformaciones nacen de fidelidades pequeñas pero firmes.

Su obra nos interpela sobre la responsabilidad educativa. Educar no es sólo transmitir conocimientos, sino formar personas. Juan María supo ver en cada niño un potencial que debía ser acompañado y cultivado. Por eso avanzó “siempre hacia delante”: porque sabía que el futuro se construye en el aula, con paciencia, fe y esperanza.



Nos admira tanta decisión, tanta creatividad y empuje. Cada escuela nueva era un desafío y, muchas veces, un dolor de cabeza más para Juan María. Y pensemos que no sólo tenía que abrir un local para enseñar; también debía preparar a los hermanos-maestros y conseguir todo el material necesario para que funcionase. Ya veremos cuando lleguemos a Ploërmel, cómo la casa Madre se convertirá en una gran fábrica de bancos, mesas, pizarras, libros, etc.

Me pregunto: ¿Qué pongo yo de mi parte para que mi centro educativo menesiano funcione y crezca?

2.- la entrega de la vida

El fundador envió en 1820 a Guingamp dos hermanos, entre ellos a su primer discípulo, **Ivo Le Fichand**.

Allí la animadversión de las autoridades civiles y de ciertas familias sometió a los nuevos llegados a muchas pruebas.

Juan María así recordaba al Hermano Ivo:

Habiéndome obligado las circunstancias a abrir una escuela en Guingamp, sin que pudiese retardar la decisión, lo escogí para dirigirla, aunque su instrucción estaba despuntando apenas. Otro, menos humilde que él, hubiera temido no tener suficientes talentos para enseñar en una ciudad donde era necesario, por otra parte, luchar contra otra escuela poderosamente protegida. El buen Hermano Ivo puso en Dios toda su confianza, y no quedó defraudado.

Me acuerdo que cuando llegamos juntos para abrir las clases, lo miraban con una especie de compasión. Su exterior no era agradable, hablaba mal el francés; lo juzgaban sólo por sus cualidades exteriores; no creían que pudiera conseguir el más pequeño éxito. Pero este pobre Hermano, del que se tenía una tan pobre idea, estaba sin embargo lleno de dones, poseía en el más alto grado el espíritu de su estado, era un santo y Dios ha bendecido sus trabajos de una manera extraordinaria. Cada día la escuela aumentaba, los progresos de los niños eran rápidos, amaban al buen Hermano que los amaba y los atraía por su dulzura; dóciles a sus consejos, lo escuchaban con

respeto religioso y se corregían, de modo que al cabo de algunos meses, todos los habitantes de la ciudad cantaban sus alabanzas. Pero él, sordo al ruido de la gloria, no pensaba más que en agradecer al Señor sus favores y redoblaba su caridad hacia los demás y su severidad hacia él mismo.⁴

Ivo se entregó a su trabajo sin medir el tiempo y el esfuerzo.

Su compañero de fundación, Alain Coursin, a los 2 meses fue enviado a fundar una escuela a otro pueblo.

El trabajo resultó demasiado para su frágil salud. Enfermó gravemente y el 3 de mayo de 1822 murió, acompañado por el buen padre Juan. Era el primer hermano que Juan María había recibido y preparado. Aquella alma escogida abría la larga lista de los hermanos fallecidos en la Congregación.

Juan María lo cuenta; el hecho fue revelador para él, ya que, a partir de allí, aconsejará a sus hermanos el descanso necesario:

Quizá haya ido demasiado lejos, porque su amor por la mortificación y la pobreza eran tan grandes que se privaba de cosas que le eran necesarias, que yo le hubiera dado si hubiera sabido que le faltaban. Habiéndose debilitado su salud, continuó sin embargo las clases, sin lamentarse, hasta el final de la cuaresma. Pero de repente, se le declaró una grave enfermedad y en una carta me anunció que temía por su vida.⁵



Juan María corrió a Guingamp apenas le avisó que estaba enfermo:

Queridos Hermanos, jamás olvidaré esta visita tan dolorosa y al mismo tiempo tan consoladora que le hice. Yo quería ver si era posible llevarlo a Saint Brieuc en mi coche, pero por desgracia era demasiado tarde; ya había recibido los últimos sacramentos de la iglesia. Me contaron que tenía a menudo delirios. Sin embargo, tuvo el espíritu plenamente consciente, mientras permanecí a su lado. Me hablaba de todos ustedes, me preguntó por cada uno con el mayor interés, y me mostró el deseo de volver al noviciado tan pronto como se lo permitiesen sus fuerzas. A continuación, me habló de sus queridos niños de los que se ocupaba constantemente. El médico le había mandado no preocuparse tanto, porque podía agitarlo, pero esto le era imposible; y hasta su último suspiro, los tuvo presente en su memoria y los llevaba en su corazón. Me recomendaba a algunos en particular, dándome detalles sobre la conducta de casi todos y al fin en sus labios casi marchitos se dibujaba una sonrisa. ... Por fin, pocos días después, la enfermedad acabó de consumir sus fuerzas; no había duda de que había llegado al fin. Por una gracia particular, la conciencia que había perdido, le volvió entera, y pudo recibir de nuevo los sacramentos. Pidió el crucifijo de su profesión, y teniéndolo entre sus manos, hizo antes de comulgar, el sacrificio de su vida, recomendó su alma a Dios, y en este instante, su fervor, su piedad eran tan intensos que todos los asistentes se deshacían en lágrimas...

Para Juan María fue un golpe duro. Pero se consuela pensando que su buen hermano Ivo estaría gozando en la Casa del Padre, intercediendo por sus hermanos que seguían en la lucha:

⁴ Sermón durante su sepelio.

⁵ Idem

¿Quién le hubiera dicho, cuando estábamos reunidos en Auray, hace quince meses, que asistiría por última vez al retiro, y que, al separarse de ustedes, al final de este piadoso ejercicio, se separaba para siempre?

No me equivoco al decir, queridos Hermanos, aunque no viva ya en esta tierra, que los lazos de la caridad que lo unían a la congregación no se han roto; vive en el seno de Dios, vive para no morir; y si él ha ido el primero al cielo, es para protegernos allí con sus oraciones, y para que nuestra sociedad naciente tenga en su persona, cerca de Jesucristo, un intercesor y en cierto sentido un patrono. Sí, tengo la dulce confianza de que, si el Señor lo ha llamado antes que, a otros, es porque más que otros, era digno de recibir ya la recompensa que está prometida a todos. Él la ha merecido por su celo, por su piedad, por su humildad, en una palabra, por sus eminentes virtudes que practicó constantemente desde la época dichosa en que se consagró al servicio de Jesucristo en nuestra congregación. ⁶



Detengámonos un momento y hagamos una oración de agradecimiento por este buen hermano Ivo, el primero del padre Juan María, que entregó su vida entera por el Reino.

Entregar la vida por otros, para un menesiano, significa el desgaste cotidiano, la fidelidad constante en lo pequeño. Es levantarse cada día para educar, acompañar, escuchar, sostener. Es poner las necesidades del otro antes que las propias, no por obligación, sino por amor. En esa lógica del amor, el tiempo, las fuerzas y hasta los sueños personales se transforman en ofrenda.

La sociedad actual, tan centrada en el éxito individual y la autorrealización, puede ver este tipo de entrega como pérdida. Sin embargo, el Evangelio y la experiencia humana más profunda nos recuerdan que quien se da, se encuentra; quien se guarda, se empobrece. El Hermano Ivo no vivió muchos años, pero su vida fue fecunda porque fue compartida. La medida de su existencia no estuvo en la duración, sino en la intensidad del amor con que sirvió.

Reflexionar sobre su ejemplo nos invita a preguntarnos: ¿por quién estoy dispuesto a desgastarme? ¿Qué parte de mi vida estoy ofreciendo para que otros crezcan? La entrega auténtica no es imprudencia ni activismo sin sentido; es una respuesta consciente a una llamada, sostenida por la fe y el amor.

Dar la vida por otros nos pedirá morir un poco cada día al egoísmo, a la comodidad, al miedo. Y en esa muerte cotidiana florece una vida más grande, una vida que deja huella en el corazón de quienes hemos amado y servido.

El hermano Ivo fue el grano de trigo que se dejó caer en tierra y desaparecer para dar vida y vida en abundancia.



⁶ Idem